

LA CONSTRUCCIÓN DE YUSOF BIN ABDULLAH. VICISITUDES
DE UN ANTROPÓLOGO EN MALAYSIA.
*THE CONSTRUCTION OF YUSOF BIN ABDULLAH:
THE VICISSITUDES OF AN ANTHROPOLOGIST IN MALAYSIA*

Hugo Valenzuela García
Departamento de Antropología Social y Cultural
Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen:

La casualidad, lo anecdótico y la improvisación suelen ser parte inherente del trabajo de campo antropológico, aunque esta no sea una temática metodológica habitual. El autor expone a través de un correlato de anécdotas y eventos más o menos inusuales su propia experiencia como etnógrafo en Malaysia. El texto, en clave irónica, trata de capturar las sutilezas, la densidad, la complejidad y la emotividad de un trabajo de campo en un lugar prácticamente inexplorado por la Antropología Española. Mediante esta narrativa se intercalan los detalles técnicos, logísticos y formales de un trabajo de campo solitario, señalando los fracasos y éxitos relativos a medida que se va construyendo al etnógrafo: desde la búsqueda, pasando por el acceso, la adopción, la estancia y la distancia de un trabajo de campo en una zona costera y tra-

Abstract:

Although chance, anecdote and improvisation are elements inherent in anthropological fieldwork, they are rarely seen as central methodological issues. In this article the author discusses, through a series of anecdotes and unusual events, his own experience as an ethnographer in Malaysia. The text uses irony to capture the subtlety, density, complexity and emotional quality of fieldwork in a distant place largely unexplored in Spanish anthropology. The technical, formal and logistical details of solitary fieldwork (and their relative successes and failures) are interwoven into this narrative recounting the construction of the ethnographer: the initial search for and access to a field site, adoption into a local world, and fieldwork in a distant place: a traditional area in coastal Malaysia. This

dicional malaya. Asimismo el texto desea ofrecer un tributo a aquellas gentes, sin las cuales nada de todo esto tendría sentido, y una autocrítica relativista a la propia actividad etnográfica, que lucha por desprenderse (con o sin éxito) de orientalismos, etnocentrismos y prejuicios que rodean pero también encumbran al tan celebrado, aunque no tan frecuente como podría imaginarse, trabajo de campo a la Malinowski.

Palabras clave: Malaysia, trabajo de campo, anécdotas, serendipia, metodología, introspección, auto-crítica.

article is also a tribute to those people, without whom none of this would have made sense, and an exercise in relativistic ethnographic self-criticism that struggles to avoid (successfully or not) the pitfalls of Orientalism, ethnocentrism and all the prejudices that surround but also distinguish the celebrated (but less common than imagined) practice of Malinowskian fieldwork.

Keywords: Malaysia, fieldwork, anecdotes, serendipity, methodology, personal introspection, self-critique.

The days of Malinowski are over, as far as fieldwork is concerned. The era in which a fieldworker simply decamped from a steamer, pitched a tent near 'the natives' and unproblematically got on with filling notebooks is finished and, indeed, may never really have existed. The publication of Malinowski's diary revealed that even a founding father had foibles and weaknesses (Perry 1989: 5).

Introducción: levantando la alfombra y mostrando el cuerpo desnudo

Cuando me propusieron escribir sobre mi experiencia de trabajo de campo en Malaysia, acepté encantado, pensando que sería un ejercicio sencillo y consolador: ¿qué hay más fácil que hablar de la propia experiencia? Pero subestimé la tarea. No sólo es complicado ordenar datos fragmentados de una vivencia lejana; sino que resulta inevitable sentir cierto rubor. Finalmente, tras darle muchas vueltas, decidí abordar el reto con ironía y relativismo: lo primero para hacer más grata la lectura y, de paso, poner el dedo en algunas yagas que apuesto encuentran otros etnógrafos/as cuando se enfrentan al campo. Y lo segundo para poner de manifiesto la rareza de los *antropólogos* (Bohannan 1996) ¿Qué clase de persona, en su sano juicio, abandona su entorno para incrustarse en una sociedad advenediza?, ¿qué oscuro nexo hay entre la antropología y el masoquismo?

Aunque hay excepciones,¹ el trabajo de campo no es objeto de debate metodológico (Thøgersen y Heimer 2006: 4; Johly Renganathan 2010). Es, usando una metáfora cognitiva, una parte pudorosa del cuerpo, una ortodoncia vergonzante, que hay que ocultar. Aquí encontramos ya una doble ironía: primero porque la legitimidad del saber antropológico se basa en la estancia *in situ*, en el *presencialismo* del “yo estuve allí” –y uno puede añadir, “y sufrí lo mío...”. Pero, ¿cómo es posible poner a prueba algo si no había nadie más allí para rebatirlo?, ¿no es esto científicamente contra-intuitivo? Segundo, porque por arte de birlibirloque toda esa experiencia se convierte en conocimiento “aséptico”. A pesar de la revolución etnográfica postmoderna (con sus espejos, su reflexividad polifónica, etc.) el proceso no deja de ser de un mecanicismo espeluznante: como una X, lo experiencial se despeja de la ecuación, desaparece, y destilamos el saber científico.² Algún antropólogo británico de relumbrón, cuyo nombre no recuerdo, decía que por lo general el antropólogo reservaba su experiencia de campo para amenizar fiestas y cenas con colegas –quizás la chanza y el vino sean efectivos enseres para anestesiar la añoranza y penurias del campo.

Nadie suele prevenir del balazo emocional del campo. Según Jean Michaud,

In the French anthropological tradition in which I was educated, discussing fieldwork in detail prior to the task was considered trivial by many of my professors (...). During my training years, I especially remember the lectures of a professor who argued with unshakable poise that being in the presence of the subjects in their exotic locale, becoming accepted by them and extracting the relevant data from their daily life was simply a matter of showing *the* right amount of personal moral fiber. Learning more precisely *how* to do that was not actually a subject matter; what really counted was to hold the right kind of character (from birth? From God? He did not tell) (Michaud 2010: 220).

No todo el mundo tiene madera de etnógrafo. El trabajo de campo es una fórmula brutal de poner a prueba el temple y la paciencia (Perry 1989: 6). Primero, porque la empresa tiene una importante carga introspectiva: “We learn about others the better to understand them and ourselves” (Delyser y Starrs 2001: 1). Y segundo porque el proceso de construcción del conocimiento etnográfico depende, hasta cierto punto, de la casualidad (Cf. Lomnitz-Adler, comunicación personal). Así es, el evento inédito es un

1. Las reflexiones de Rabinow sobre Marruecos, Raybeck en Malaysia, Barley y su *inocencia*, o Lévi-Strauss en *Tristes Trópicos*.

2. Mi producto destilado puede hallarse en Valenzuela García, Hugo (2009) *Etnografía de un kampong malayo: Pesca, subdesarrollo y multiculturalismo*. Edwin and Mellen Press.

ingrediente central en este tipo de saber, porque emerge de la interacción cotidiana en un contexto sociocultural ajeno y revela las inconsistencias entre el sistema de pensamiento del antropólogo y los esquemas de significación local –a lo que Agar (1980) denominó *queiebras epistemológicas*. Lo casual no es sólo producto del particularismo cultural –estar en Malaysia–, sino también del contexto especial en el cual se da esa interacción –el trabajo de campo. Por supuesto, sólo a través de una experiencia prolongada uno se expone a eventos *casuales* y va descubriendo e interpretando cuestiones aparentemente arbitrarias. En otras palabras: el conocimiento etnográfico implica enormes dosis de *serendipia*.³ Pero esto no debería escandalizarnos tanto: la tan celebrada metodología antropológica, el trabajo de campo clásico y la observación participante, fue producto de un casual encuentro entre la Segunda Guerra Mundial y un señor polaco (Malinowski) que quedó atrapado en una isla del Pacífico.

Estas cuestiones no suelen escudriñarse metodológicamente, pero en su fuero interno todo etnógrafo sabe que el factor de la experiencia es primordial en el desarrollo de su empresa. Este texto desea reflexionar en clave irónica sobre la naturaleza de mi trabajo de campo en Malaysia, sin pudor: levantemos la alfombra y mostremos, metafóricamente, el cuerpo desnudo.

Malaysia: en busca de la muerte

La elección de Malaysia fue en cierto sentido arbitraria. Un producto de un acto de fe –creer en lo que me recomendó un antropólogo británico– y de cierta tozudez teórica –obcecarme con una vía, finalmente *muerta*, de investigación teórica: la antropología de la tecnología. En la década de 1990 la atención a la tecnología gozó de un feliz, aunque pasajero, apogeo al recuperar las obras de Leroi-Gourhan y Mauss. Dada la ubicuidad de lo tecnológico y su impacto, barajé algunas posibilidades etnográficas que, al final, descarté por una u otra razón –Argentina, polo Norte, Amazonía brasileña, Ecuador, Mozambique y Atlas marroquí. La inspiración vendría más tarde, durante una estancia de investigación en Aberdeen bajo la supervisión de Tim Ingold, precursor de esa línea teórica. Recuerdo bien el solemne momento del, como diría T.S. Kuhn, *contexto del descubrimiento*: ambos apoltronados ante la chimenea del salón de su casa victoriana, somnolientos tras dar buena cuenta de un succulento cabrito escocés con patatas y

3. Del inglés, *serendipity*: hallazgo inesperado que surge cuando se está buscando otra cosa distinta. Esta casualidad o coincidencia posee un valor central en el contexto de la investigación. Pieke (2000, en Tøgersen y Heimer 2006: 17), insta incluso a incluirla en el propio diseño de investigación.

vino, mientras conjeturábamos posibilidades relajadamente. Ingold me hizo notar dos importantes vacíos etnográficos: el análisis del desarrollo del arado en las regiones pre-andinas y el impacto tecnológico en los arrozales del sureste asiático. Lo pre-andino no me excitaba demasiado. En cambio Malaysia, sumida en plena reconversión económica, presentaba un sugerente contraste. Su vasta población campesina convivía con una arrolladora modernización donde los trenes de alta velocidad, las torres gemelas o los microchips abanderaban la efervescencia nacional. Ya imaginaba, incluso, el título de mi tesis: *Malaysia, del arroz al chip...*

Pero cuando pisé el país la tecnología no era precisamente lo más llamativo: cualquier cosa (desde la pobreza, las religiones o las tensiones étnicas) me resultó más sugerente que la fría tecnología. Qué le íbamos a hacer: recular, corregir, desechar... son procesos inherentes a la investigación. Al fin y al cabo el revés no era tan dramático porque contaba con una beca de investigación de 4 años –¡qué tiempos aquellos!

Pero en mi decisión tuvo también un peso lo emocional. Sentía ansiedad por saltar ahí fuera y experimentar, de una maldita vez, aquel proceso tan manido y encumbrado en las aulas: el mito malinowskiano por el cual uno, armado con un triste lápiz y una libreta de notas, se enfrenta a la Otredad y salía victorioso. En la toma de decisión, el idealismo y la temeridad hicieron el resto. La suerte estaba echada. Recuerdo bien (como para olvidarlo...) que mi suegra –que no es antropóloga ni muy optimista– sentenció: “¡vas a Malaysia a buscar la muerte!”

El enigmático Doctor Chong

Era 24 de diciembre del 2002, un día antes de la Navidad, y volaba alegremente rumbo a Asia, tras varios meses de prospección. Apostar por lo *exótico* tiene un precio. Recuerdo que en el departamento de medicina tropical de Drassanes, parada obligada para todo viajante avezado, imperó la ley de *ante la duda vacuna*, y fui inoculado incluso contra males inexistentes en Malaysia, como la *encefalitis japonesa*. La cosa no fue mejor en embajadas y consulados: “¿hacer qué y para qué?”, solía ser la respuesta cuando anunciaba mi proyecto. No neguemos la evidencia: en nuestro país la antropología es una disciplina minoritaria y fundamentalmente de *puertas adentro*, hecha en casa (Ron-zón 1991). En realidad pocos estaban en condiciones de darme consejos, al margen de mi directora de tesis, con su apoyo incondicional, y de dos antropólogos locales que, excepcionalmente, conocían bien China: Amelia Sáiz y Joaquín Beltrán. Tenía ante mí un desierto informativo e institucional; no había otra alternativa que empezar a cavar

cortafuegos.

Escribí a varios etnógrafos que trabajaron en la zona (A. K. Larsen, J. Carsten...) con éxito desigual y visité todas las instituciones relacionadas con Asia. La lista era corta. Lo más relevante era la recién inaugurada Casa Asia en Barcelona. Fui a la sede, en el suntuoso palacio del Barón de Cuadras, donde me recibió una mujer que vivió en China. Le expuse mis planes y, a cambio, recibí un trozo de papel con un nombre (Dr. Chong) y una dirección en Kuala Lumpur —como en las películas de la Guerra Fría. Me despidió con un par de palmaditas y una alentadora expresión que todavía, a día de hoy, no entiendo (*¡espabila gorila!*). Eso fue todo.

Cumplí escrupulosamente un amplio inventario de requisitos, pero el *campo* es caprichoso. La embajada me extendió un visado en tiempo récord, pero cuando llegué a Malaysia la aduana me informó de que era erróneo y tuve que volar de urgencia a Singapur para formalizarlo y evitar la deportación. Por fin aterricé en el fastuoso aeropuerto de Kuala Lumpur. Es asombroso cómo 10 horas de vuelo pueden marcar una diferencia sociocultural *tan distante*. Recuerdo bien la primera sensación: aquel calor sofocante, húmedo y pesado que, más tarde, transformaría mi pequeño ordenador portátil en un mini-huerto. En su teclado empezó a cultivarse un musgo sospechoso que destruyó en solo dos meses el disco duro. Al final los clásicos tenían razón: la libreta y el lapicero eran infalibles.

Me fumé un par de cigarrillos en la salida, saboreando el momento. Y abandoné el aeropuerto con mi pesada maleta —aquello era muy metafórico. Tomé un taxi que me condujo a la dirección anotada en el papel. Cuando llegué y puse el pie en el suelo se me acercaron dos tipos y me arrebataron la maleta. No pude reaccionar siquiera, estaba confuso. Pero aquellos hombres no eran chorizos callejeros, ¡trataban de ayudarme! Me guiaron a lo que resultó ser un *college* chino privado, donde me atendió una administrativa india. Cuando me presenté, murmuró con sorpresa (reproduzco aproximadamente):

Ah...mmm, sí, hola..., es la primera noticia que tenemos de usted... ¿Cómo dice que se llama...? Nadie le esperaba... ¿Y dice que tiene que ver al Dr. Chong? ... Es que el Dr. Chong está en París y no llega hasta dentro de dos meses...

A pesar del aire acondicionado, que está en todas partes y siempre a todo trapo, noté cómo un sudor frío y pesado recorría mi espinazo. La secretaria no era demasiado amable, estaba claro que le estaba ocasionando un problema. Pero tras suplicarle ayuda salió del despacho y regresó al instante acompañada de una simpática pareja de estudiantes chino-malayos. Casualmente alquilaban una habitación y me instalé sin más dilación en

aquella versión asiática de piso Erasmus. Pero los sonrientes estudiantes no resultaron ser tan cordiales. Al cabo de unos días trataron de extorsionarme, dándome a elegir entre irme a la calle o adelantar la renta de varios meses. No cedí y me vi en la calle.

Aquel aparente fiasco fue sin embargo una bendición. Malaysia es, por antonomasia, un país multicultural, *gracias* a los británicos que crearon una vasta amalgama de malayos, chinos, indios y minorías étnicas. La situación multiétnica se sustenta en el frágil equilibrio de un Estado fuerte que practica la discriminación positiva hacia los malayos, el *laissez faire* en relación a la economía china y la indiferencia hacia las minorías. Lo malayo es garantía de éxito en términos burocráticos y mi visado dependía del visto bueno de mi proyecto, responsabilidad de una agencia estatal: el *Economic Planning Unit* (EPU), un filtro burocrático, censor y pro-malayo. Haber optado por el *college* hubiese sido probablemente una estrategia nefasta, al aliarme con los socios equivocados: los chinos.

Mi proyecto burló el filtro, posiblemente porque la burocracia no es tan fiera como dicen o quizás porque era tan inoperante como en muchas otras partes del mundo –de hecho, mi trabajo trataba directamente sobre los temas sensibles y no recomendables: desarrollo, relaciones étnicas, clientelismo, nepotismo, etc. Aunque el primer ministro Dr. Mahathir Mohamad vociferase que su agenda política emulaba a sus exitosos vecinos asiáticos (China, Singapur, Corea...), el temido control burocrático no era más que un espejismo: la burocracia era pesada, pero ineficiente, y el funcionario malayo, aunque podía ser recalcitrante como el que más, solía ser jovial, desarreglado e inexperto. Al fin y al cabo la mayoría no estaba allí por su eficiencia, sino por beneficiarse de la política de marginación positiva que había “malayizado” el esqueleto público hasta la médula (Gómez 1995, Jomo 1986).

Cuando me vi en la calle fui a la embajada española con la esperanza de volver a dar lástima. Me recibió Pilar, una administrativa catalana, atenta y dinámica. Su marido, Rob, trabajaba en la embajada británica. Quedamos para tomar unas cervezas. Mi conmovedora historia les pareció tan desafortunada y risible que aquella misma tarde me ofrecieron su casa. Su apoyo y amistad fueron decisivos. Gracias a ellos conocí la mega-urbe capitalina, Kuala Lumpur, y el mundo de los *expatriados*. Los *expats* estaban allí por distintas razones y eran, por lo general, abiertos y sensibles a las culturas ajenas. Pero existía un núcleo duro que, apuesto, añoraban un pantalón bombacho, un rifle y un gorro de explorador... Pasaban horas quejándose, ridiculizando a los malayos y suspirando por jamón de Guijuelo y vino de la Rioja. No parecía haber nada en aquel país que les interesase y su hermetismo les llevaba a amplificar estereotipos. Pensé, para mis adentros, que a ciertas personas deberían negarles el pasaporte.

Marcas de guerra: el hoyo, costillas rotas y SARS

Desde la capital, campamento base, recorrí casi toda la península. Me impactó el norte islamizado (tengo grabado en la memoria aquellos atardeceres rojizos que se iban adormeciendo con el canto del muecín), Penang (y su industriosa concentración china), el interior indígena (hundido en la selva) y, sobre todo, la costa y sus pescadores. La obra de Sir Raymond Firth parecía atemporal: allí estaban los pescadores malayos, resistiendo impertérritos a los embates del tiempo.

Las prospecciones, sin embargo, no fueron siempre tan evocativas. Durante un viaje al Parque Nacional de Taman Negara (Pehang) sufrí uno de los capítulos más dramáticos. Había pasado la tarde en un cibercafé contestando e-mails, y se había hecho de noche. Bajaba unas escaleras sinuosas y oscuras para incorporarme a la calzada cuando, sorpresivamente, caí de bruces en un foso profundo, encharcado y maloliente. Un seco golpe en el tórax paró mi respiración. Mientras resoplaba y trataba de salir a rastras, los transeúntes, impávidos, contemplaban el espectáculo sin ayudarme. Taman Negara es un lugar turístico donde es común ver a visitantes europeos con algunas copas de más, por lo que interpreto que, para los transeúntes, yo era otro extranjero borracho haciendo el ridículo. Aquella noche, angustiado por un intenso dolor, pensé en abortar el viaje. Pero antes de hacer las maletas decidí dar una última oportunidad al docto saber médico. Visité un hospital local y tras unas *meticulosas* pruebas médicas –apenas me palpó con los dedos la zona afectada– el médico afirmó con rotundidad: “No-lahhh! Nothing broken! You are alright!”. Dolorido, aunque persuadido de que la cosa no podía ser tan grave, decidí seguir adelante.

En el avión, regresando del viaje prospectivo, empecé a sentir el malestar típico de la gripe, pero con altas fiebres e incluso alucinaciones. Al llegar fui directamente a urgencias. El personal sanitario se mostraba inusualmente nervioso y tras explorarme se me informó, con cautelas, de que presentaba un cuadro médico similar al de la neumonía atípica (SARS) –brote epidémico que causó pánico global. Aunque nunca me quedó claro, pareció tratarse de una falsa alarma. Lo inquietante del asunto es que uno de los brotes europeos de SARS se detectó en Frankfurt, donde hice el trasbordo aéreo... En fin, los antibióticos funcionaron y me dieron de alta. Antes de irme a casa, un médico me mostró una de las radiografías. Señalando el tórax con el dedo dijo: “fíjate, qué curioso, estas dos costillas están soldadas... ¿cómo te las rompiste?”

Tras todo aquello el libro de Barley, *El antropólogo inocente*, dejó de parecerme cándido o exagerado. Tampoco yo me había quedado corto en la lista de desventuras: la caída al foso, las costillas fracturadas, el ataque de unos macacos enfurecidos durante

una excursión al norte, el intento de extorsión de los estudiantes, mi experiencia como indigente, un naufragio tentativo durante una visita a las islas, el asedio de dos lady-boys en un autobús y un centenar de horas *arruinadas* luchando con la burocracia...

Por suerte, la mala racha, como los rayos del sol en los amaneceres tropicales, fue desvaneciéndose paulatinamente. Pude vincularme al *Institute of Environment and Development* (LESTARI) de la Universiti Kebangsaan Malaysia, bajo la supervisión del Dr. Hood Salleh, un renombrado antropólogo local doctorado en Oxford. Y, justo antes de partir, di con el lugar etnográfico idóneo. Tras descartar la tecnología me decanté por las sociedades pesqueras. Probé suerte con los *orang laut* (“gente del mar”) oriundos de la costa de Johor (Dentan et al. 1997), pero resultaron ser pocos, nómadas y difícilmente accesibles. Releyendo a Firth pensé que los pescadores malayos tradicionales bien merecían un estudio. Mientras que en la costa oriental dominaba la pesca de altura, en la occidental se encontraban núcleos de pescadores artesanales desperdigados. Recorrí la costa, de sur a norte, y llegué al archipiélago de Langkawi, tocando a Tailandia. Langkawi era, desde 1980, un destino turístico internacional por virtud de su riqueza ecológica y la concesión de especiales prerrogativas fiscales. Al desembarcar allí se hizo evidente el contraste entre los suntuosos hoteles y la periferia rural empobrecida. Di con un grupo de pescadores; hablé con ellos y convenimos que regresaría más tarde para quedarme un tiempo. Me prometieron una pequeña casa en su *kampung* (poblado) y se despidieron sonrientes exclamando *jumpalagi!* (¡hasta pronto!).

La fase prospectiva se siguió de ocho meses de trabajo de campo y, luego, de otros seis meses de trabajo de campo y administración de técnicas de análisis más sistemáticas.

Un plan funesto y Dj Ray

Regresé a Langkawi, ansioso por comenzar, pero el pescador había desaparecido de la faz de la tierra. Lo busqué durante un par de días, con angustia. Finalmente lo encontré en la terraza de un bar, plácidamente sentado, y se desdijo: no tenía nada que ofrecerme. ¿Había recorrido 14.000 kilómetros para *nada*? Tomé aire, pensé que el pescador estaba en su derecho y, con el tiempo, entendí que los malayos, como otros asiáticos, poseen una lógica particular: nunca dicen *no* abiertamente. Afrentar o enfrentarse al otro significa perder estatus o respetabilidad (*lose face*). Un *sí*, por lo tanto, podía significar, según el contexto, un *¡claro!*, un *depende*, un *más bien no*, o un *ni en sueños*. En definitiva, la posibilidad de analizar su comunidad se esfumó y me vi obligado a *improvisar*

otra estrategia. La realidad me brindó otra lección: ser flexible y la improvisación son peculiaridades necesarias del etnógrafo (O'Brien 2000: 29).

Alquilé una motocicleta y patrullé la isla, en busca de opciones etnográficas. Inicialmente me albergué en una barata *cabaña turística*. Así le llamaban. Se trataba de un chamizo de troncos y paja elevado sobre la playa. Era un zulo ecosistémico que compararía con mosquitos, iguanas y cucarachas; cucarachas gigantes, voladoras, que mientras dormía se estrellaban contra mi cara como si hubiesen planeado boicotear mi estancia. Y se salieron con la suya.

Al cabo de unos días decidí buscar algo más digno: un camarero malayo me dirigió a su pariente, hermano de una joven representante de una inmobiliaria, que me puso en contacto con la radio local, donde trabajaba un tal Dj Ray. Raizam, o Ray, era un malayo menudo, de 40 años, soltero, de rasgos finos, cuya homosexualidad le creaba continuos conflictos personales en una sociedad profundamente musulmana y conservadora. Alardeaba de ser un cosmopolita multifacético: profesor, contable, mánager de hotel, guía turístico, relaciones públicas y *metre* de conferencias. Cuando lo conocí malvivía como disc-jockey en la radio local y dando clases de una lengua exótica –él lo llamaba francés– que aprendió en Gabón cuando trabajaba en un hotel malayo, hasta que lo despidieron.

Pensé que, si me hospedaba con él, podría aprender malayo. Pero él también vio en mí una oportunidad empresarial, una de esas *win-win situation* (que posiblemente extraería de algún DVD de *management* agresivo) por la cual, pensó, si aprendía español podría establecer una floreciente academia de lenguas insular. Realmente era un tipo divertido, soñador, risueño..., y algo chapuzas. Al final, ni yo aprendí malayo ni él montó la academia. Pero los caminos del trabajo de campo son inescrutables. Gracias a Ray logré ampliar las redes sociales, algo que en Malaysia –y seguramente en el resto del mundo– resulta muy valioso.

Pasábamos tardes enteras en los puestos de comida callejeros, frecuentados por la población local. Allí conocí desde camareros tailandeses a la flor y nata local (maestros, burócratas, políticos, etc.). Uno de esos individuos, Dato' Haji Fuhan,⁴ me sugirió otra isla del archipiélago⁵ para efectuar mi investigación: Pulau Tora. Se trataba de una isla de unos 17 Km² con unas 1300 almas –bien, posiblemente algunas más porque aseguraban que estaba plagada de espíritus y fantasmas. La población era fundamentalmente malaya y dedicada a la pesca de gamba –comer-

4. Dato es un título social de prestigio y Haji indica que ha realizado la peregrinación a la Meca.

5. El archipiélago de Langkawi cuenta con 101 islas, de las cuales sólo tres están habitadas.

cializada luego por población sino-malaya, como era característico de prácticamente todas las esferas económicas del país. Fuhan tenía algunos parientes allí, así que me puse en sus manos.

Pollos picoteando a mi alrededor y una barbacoa explosiva

Visité Tora acompañado de Fuhan y una amplia comitiva. Decenas de pobladores esperaban en el embarcadero para custodiarnos. No podía dejar de pensar en Berlanga y su *Bienvenido Mr Marshall*. Las barcas de transporte, como el resto de las infraestructuras, eran reliquias del pasado y la población era ostensiblemente pobre. Una carretera “asfaltada” bordeaba la isla. En el interior una densa selva dibujaba tenues senderos hasta los *kampungs* (vecindarios) y sus casas de madera desperdigadas entre jardines infestados de flores, árboles frutales, algún búfalo de agua y gallinas. Campos de arroz y cultivos de caucho en desuso morían en las playas, costas y acantilados. Llegamos a una casa grande cuyo espléndido porche frontal quedaba suspendido sobre el mar. A mano derecha se vislumbraba un fondeadero pesquero, a la sombra de un acantilado calizo que se hundía en las aguas color rubí. Nos recibió un matrimonio de mediana edad y, mientras la mujer nos servía té, el marido conversó con mis acompañantes.

Ilustración 1. Visión frontal y lateral de mi casa



Mi papel se relegó a la *observación no participativa*, a ser un espectador mudo y sordo. La negociación se zanjó en pocos minutos. Estrecharon las manos y me informaron, en inglés, de que a partir de aquel momento me llamaba *Yusof Bin Abdullah*.

Bin Abdullah es un apellido que solía darse a los hijos ilegítimos y Yusof, me dijeron, era más bonito que Hugo. Con aquel nombre me presentaron formalmente a la pareja y al resto de la comunidad. Nadie llegó a preguntarme nunca cuál era mi verdadero nombre. Aquel hombre, me explicaron, sería a partir de aquel momento mi *bapa* (padre), la mujer mi *emak* (madre) y sus hijos e hijas mis hermanos y hermanas... Después de este trámite expeditivo mis acompañantes se marcharon. Me dejaron en el magnífico porche, con mis pertenencias y varios polluelos que picoteaban el suelo a mi alrededor, mientras las furgonetas se alejaban dejando tras de sí una tenue estela de polvo.

Había comenzado oficialmente mi trabajo de campo. Pero seguía sordo y mudo: no podía articular ni una sola palabra en *bahasa melayu*⁶ más allá del saludo. Los isleños tampoco hablaban inglés. Teóricamente los chicos aprenden inglés en la escuela, pero el centro educativo de la isla ocupaba el primer puesto, por la cola, en el ranquin de calidad nacional, según las estadísticas oficiales. Por lo general, enviaban a los maestros menos aptos a los lugares más recónditos, reproduciéndose así el círculo vicioso entre marginación y analfabetismo.

Al día siguiente, para darme la bienvenida, realizaron un *kenduri*, o fiesta ceremonial. Para cocinar, instalaron unos fogones de gas conectados, a través de una manguera de goma vieja y agrietada, a dos grandes bombonas oxidadas. Empezaron a cocer el arroz y el pescado, mientras algunos vecinos curiosos se acercaban dibujando una sonrisa. De repente la manguera se desprendió de la bombona, incendiándose, y comenzó a lanzar enormes llamas a diestro y siniestro. Mi primera reacción fue, por supuesto, la supervivencia: salí corriendo, me alejé del lugar y salté tras unos fardos para ponerme a cubierto. Alguien roció con agua el fuego y el efecto fue peor. Las llamas alcanzaban varios metros. Finalmente alguien cerró el grifo del gas y cesó la pesadilla. Las dos cocineras –mi madre adoptiva y su hermana– no podían parar de reír al ver mi reacción. La percepción del riesgo es también cultural, pero mi imagen inicial tardaría en borrarse del imaginario colectivo.

El primer día fue el más duro. La isla no disponía de línea telefónica ni de corriente permanente –no hablemos ya de Internet...– y tenía cierta sensación de extrañamiento. Día tras día, no obstante, las cosas que consideraba imprescindibles empezaron a desdi-

6. Lengua perteneciente a la familia malayo-polinesia (hablada en Madagascar, Indonesia, Filipinas, Taiwán, Camboya, Vietnam, Polinesia o Nueva Zelanda), que retiene términos indígenas, chinos, árabes, indios, portugueses e ingleses. Hace 1200 años su grafía (como el javanés) derivaba del sánscrito, pero fue substituida en el 1500 por el alfabeto árabe (*jawi*), y luego por el románico (*rumi*). Cuenta con unos 190 millones de hablantes y es la lengua nacional indonesia.

bujarse en mi escala de necesidades (el teléfono, Internet, la luz...) y la comunicación gestual logró atenuar el aislamiento. Decidí quedarme y, con mi decisión, la familia, patentemente feliz, no escatimó esfuerzos para integrarme. Haberme marchado, sin más, hubiese significado un profundo desprecio por lo que, aprendí, en ciertos momentos es preferible dejar el *ego* al margen.

La familia estaba liderada por Shaidan Bin Sidek, un hombre de cincuenta años, polígamico, reputado y temido *bomoh* (chamán) que se había erigido como exitoso empresario rural mediante la compraventa de gambas (*taikong*). La esposa, mi *madre*, era una mujer afable y atenta. La pareja tenía cinco hijos, tres varones y dos mujeres, una de ellas adoptada. Yo era, por orden de nacimiento, el hijo mayor. Mis hermanos adoptivos se referían a mí como *abang Yusof* (hermano mayor Yusof). No cabe duda de que, siendo antropólogo, esa forma de acceso a la comunidad no tenía precio. La relativa simplicidad con la que se me acogió no era del todo mérito mío, tenía que ver con la cultura rural malaya, en la que la adopción es una situación normalizada (Valenzuela 2011).⁷

Aquel rol de *anak-angkat* (“hijo adoptado”, literalmente) incorporaba obligaciones y prerrogativas. Pero la condición de hijo mayor, varón, blanco y occidental me situaban en una situación de cierta ventaja –respecto a mis otros hermanos y hermanas– nada trivial, teniendo en cuenta que me hallaba en una sociedad musulmana, tradicional, androcéntrica y donde el prestigio es una categoría vertebral. Sin duda, ser adoptado me permitió acceder con cierta facilidad a casi todo el universo de la comunidad: a los parientes, vecinos, eventos rituales, actividades productivas (pesca, cultivos de arroz, caucho, caña de azúcar, recolección, etc.), etc.

Metamorfosis y la claustrofobia insular

Mis días, pasados unos meses, eran rutinarios y agradables. Solía levantarme temprano y realizar el registro de los pescadores que salían a la mar. En ocasiones iba a pescar con ellos, o paseaba por la isla observando el quehacer local. Siempre me paraba algún vecino y conversábamos sobre alguna cuestión cotidiana. A pesar de esta aparente monotonía, siempre surgía algún fenómeno nuevo: un *kenduri*, la visita de algún pariente o dirigente político, una boda u otra ceremonia, el mercado de noche, el nacimiento de algún niño o una lucha de gallos furtiva.

Ilustración 2. Lucha de gallos furtiva en el interior de la selva

7. De hecho, la adopción de antropólogos en Malaysia no es una práctica extraña (Larsen 1993; Carsten 1997; etc.).



Por la tarde solía visitar a algún vecino, me acercaba a tomar un café a la taberna local (donde se reunían todos los hombres), o me dejaba caer por la casa de Wahid para hacerle algunas preguntas concretas. Wahid era el único anciano que hablaba mínimamente inglés y, puesto que era soltero y prácticamente indigente, devino mi guía, mi amigo y mi traductor durante los primeros tres o cuatro meses, mientras trataba de aprender aceleradamente la lengua local. Era entrañable, pero también representaba un vivo ejemplo de la dependencia malaya derivada del proteccionismo político –absolutamente todo lo que tenía se lo habían dado las instituciones malayas– y de un pasado marcado por el alcoholismo y el fracaso. Mi compañía y mi ayuda económica ocasional lo situaban en una posición menos marginal, mientras hacía de lazarillo en la isla. Una pareja de chinos, instalados en la isla con el objetivo de evadirse del mundo exterior, era mi otra compañía ocasional y no insular.

Ilustración 3. Mi amigo y guía Wahid, con sus mejores galas, en su casa



Al principio, me dediqué a recopilar sistemáticamente datos sobre economía, parentesco, creencias y política, con el objetivo de entender los rudimentos de la pequeña comunidad. Los datos procedían de la interacción y de la observación participante cotidiana. Estar 24 horas vigilante y atento al contexto etnográfico puede ser al principio

extenuante. El tratamiento de cuestiones sensibles (animismo, clientelismo político...) requirió más tiempo. A parte de entrevistas semi-estructuradas apliqué un cuestionario a 40 unidades domésticas y otro a 35 alumnos de la escuela local. Particularmente útil resultó un censo-cuestionario administrado, con ayuda de dos estudiantes, a un total de 1349 individuos repartido en 329 unidades domésticas y el seguimiento de una flota de 6 pesqueros durante 77 días con entrevistas en profundidad a 43 pescadores. Visité a burócratas y funcionarios de Langkawi y Kedah. Y todos aquellos datos primarios se contrastaron con literatura secundaria, etnografías, etc.

Ilustración 4. Una jornada de observación



Viviendo allí se hizo evidente que si no aprendía la lengua, y rápido, mi investigación no llegaría a ningún lugar. Me impuse la autodisciplina de memorizar al menos 25 nuevos términos diarios, que extraía de diversos manuales de auto-aprendizaje. El *bahasa* no es una lengua tonal, su fonética se asemeja a las lenguas románicas y su sintaxis y

gramática no son muy complejas, razón por la cual no fue una tarea tan imposible. Me lancé cuanto antes a practicar la lengua para comunicarme con los habitantes locales. Estoy seguro que lo mío, al principio, no era mero *broken malay* sino un batiburrillo abominable. Pero no importaba, me hacía entender y entendía bien a mis interlocutores y, además, el mero intento de hablar malayo era para ellos un orgullo, quizás debido a un no muy distante pasado colonial. Los ancianos estaban encantados y me invitaban continuamente a sus hogares para charlar o celebrar cualquier cosa. De hecho, en alguna ocasión –después de varias horas de compañía– era yo el que tenía que excusarse y pedir *tiempo muerto*. Muchos aldeanos manifestaban tanta curiosidad por mí como yo por ellos e, irónicamente, más bien solían ser ellos los que acribillaban a preguntas al antropólogo. Su vida insular les había segregado de muchos cambios y procesos propios del mundo moderno.

Al cabo de un tiempo empecé a sentir verdadera solidaridad grupal. No se trataba de una falsa conciencia de cohesión. Realmente, cuando entendieron que estaba allí para quedarme, mi presencia comenzó a normalizarse a medida que me metamorfoseaba adaptándome a un nuevo rol, a nuevos alimentos, al clima, a la lengua, o las normas de etiqueta. Tras varios meses deambulaba como pez en el agua vestido con mi *sarong* y balbuceando un malayo medio comprensible. Con la dieta a base de arroz y pescado, el moreno intenso del sol tropical y la asimilación de la cultura local, me había convertido prácticamente en un isleño más. En una ocasión una pareja de antropólogos canadienses, que debieron perderse, aparecieron en la isla mientras yo conversaba animadamente en el bar local con unos ancianos. Contento por ver extraños los invité a unirse a tomar un *té tarik* con nosotros. Transcurrido el tiempo, el hombre me preguntó si yo era malayo... ¡Había engañado incluso a un antropólogo!

Poco a poco, empezaron a revelarse ante mí claves del complejo entramado de significados culturales: las normas de prestigio y estatus que atravesaban edad, género y posición social; un profundo sincretismo religioso; un sistema político denso donde imperaba el clientelismo y el nepotismo; una urdimbre de relaciones endogámicas de parentesco y, por supuesto, todo un lastre de complejas influencias asiáticas (hinduismo, budismo, etc.) que se manifestaban no sólo en el vocabulario o el arte, sino también en la misma noción de individuo o de privacidad. Podría haber estado allí diez años más y no hubiese llegado a entender a fondo la cultura malaya.

Todo parecía maravilloso... pero en ocasiones no podía escapar del aburrimiento – algo de lo que poco se habla en las experiencias de campo. Leyendo allí mismo descubrí que detrás de todo gran antropólogo siempre había una gran mujer, la esposa, que a menudo era antropóloga o asistente: son conocidos los casos de los Firth, los Geertz,

Raybeck o Perry (aquí citados). Mi esposa sólo me visitó unas semanas de agosto, no hubo más posibilidades. Además, tras varios meses en la isla, empecé a experimentar lo que algunos denominan *island fever*, una intensa sensación de claustrofobia derivada de estar circunscrito a un reducido área insular con perseverante interacción social. Por si fuera poco, el *deporte nacional* de los varones, a parte de la pesca, consistía en la sana costumbre de aniquilar el tiempo: podían permanecer horas, tardes enteras, sentados en el mismo bar, haciendo simplemente *nada* —o eso era lo que a mí me parecía. Si uno lanzaba una piedra al aire, antes de que tocase el suelo todo el mundo ya sabía que había tirado una piedra al aire... así corrían las noticias. El ocio, más allá de las luchas de gallos o jugar al fútbol, era inexistente, lo cual hace pensar a uno cuál enraizadas, y socialmente construidas, están ciertas costumbres en nuestra cultura, como las *vacaciones*. Por todo ello, cada dos o tres meses, tenía la necesidad terapéutica de evadirme, visitar tierra firme, pasear e, incluso, devorar una grasienta, poco saludable y gigantesca hamburguesa en un McDonalds. ¿Era yo un incorregible inadaptado? ¿Se trataba, como diría Said, de añoranza *occidentalista*? O, siguiendo a Marvin Harris, ¿acaso sufría carencia de proteína animal? Es cierto que en la isla todo el mundo tenía en su jardín uno o dos rollizos búfalos de agua; y confieso que soñé en más de una ocasión con asar uno a la barbacoa⁸ —pues la dieta a base de pescado, gambas y arroz se me hacía algo monótona. Pero no se trataba de carencia proteica, sino de la inevitable tensión entre dos culturas bastante alejadas. Sólo forzando todavía más la implicación en la vida cotidiana, logré hacer remitir la sensación de aburrimiento. Al fin y al cabo me contaminé de la sensación de que en aquel entorno lo que más me sobraba era tiempo libre. Y cuando me relajé y abandoné el *síndrome del reloj*, la estancia se hizo más agradable. No cabe duda de que la impaciencia no es una buena aliada en el trabajo de campo.

Topless, marihuana y un cierre inacabado

La responsabilidad con las personas que uno estudia trasciende la estancia en su comunidad. Se crea un vínculo especial, que no exclusivo, con aquellas gentes. Compartir ayuda a forjar apegos y afectos. Explicaba toda esta densa experiencia en una

8. El consumo de estos animales era ocasional y su función —al no ser ya útiles como animales de tiro a falta de cultivo de arroz— casi ornamental. Corrijo: más que ornamental su presencia era accidental: eran uno de los principales causantes de accidentes —algunos graves y mortales— de los motociclistas isleños. En Tora todo el mundo se movía en motocicleta: sin casco, ni licencia, ni luces por la noche y a menudo transportando más de cuatro personas. El búfalo de agua es un animal lento de más de una tonelada cuyo color, al anochecer, no se distingue del asfalto...

clase de licenciatura, un par de años después, y al final de la clase se me aproximó una estudiante con ojos chispeantes, aparentemente interesada por lo explicado. Me dijo que planeaba viajar por Tailandia aquel verano y que, si no me importaba, le podía revelar el nombre de “mi preciada isla”. Por supuesto le dije el nombre, se acabó el semestre y olvidé aquella conversación.

Meses más tardes, un día de agosto, al abrir mi correo electrónico recibí un mensaje de Albert, mi amigo chino de la isla. Recibir un correo electrónico desde allí era algo inusual, pues la línea telefónica era precaria y la conexión a Internet casi imposible. El título del mensaje era inquietante: *trouble*. Me explicaba Albert que en la isla apareció una pareja de españoles, que afirmaron ser alumnos míos. Toda la isla estaba convulsionada porque la chica practicaba topless en la playa y su novio, un tipo con prótesis por todo el cuerpo derivado de un accidente grave, se dedicaba a la venta de marihuana... Quizás la pareja se había tomado muy en serio la película *The Beach*. Pero lo cierto es que aquella situación no tenía nada de graciosa: no sólo el topless es una provocación inaceptable en una sociedad musulmana tradicional, sino que la venta y consumo de drogas en Malaysia se paga con la muerte. La lección estaba clara: *nunca subestimes la estupidez humana, es ilimitada*. Les envié un e-mail contundente mediante un contacto de Langkawi que se lo hizo llegar a Albert para que, a su vez, se lo entregase al par de malandrines. Les rogaba que abandonasen la isla antes de que me viese forzado a denunciarles a las autoridades.

La amenaza (el farol) funcionó. Pero aquel evento tenía un significado más profundo. Subrayaba la existencia de un nexo, un punto de contacto, entre dos mundos y realidades muy distantes: la del trabajo de campo y la de mi vida cotidiana en la academia. La expansión de los medios de comunicación y transporte abre esas brechas y riesgos, cosa que nos devuelve al principio del texto: los tiempos de Malinowski se han acabado.

Al dejar la isla, tras mi tercera estancia allá por el año 2004, escribí lo siguiente en el diario de campo:

Habían transcurrido quince meses de intensa convivencia con los habitantes de Tora [...] a pesar de que no soporto las despedidas emotivas, mi familia me acompañó al ferry. Llovía intensamente y comenzaba a notarse el frío de la estación de las lluvias [...] el dichoso barco no zarpaba por falta de pasajeros y la espera se hacía agonizante [...] por fin embarqué con mi equipaje [...] me alejé de la isla en un escenario de lluvia y niebla, viendo cómo se desdibujaban las figuras de mis amigos y mi familia, mientras el barco se bamboleaba lentamente rumbo a Langkawi. Aquella misma mañana, Encik Wahid, exhibiendo sus

mejores galas, me condujo hasta la tumba de Tok Bagus.⁹ Se arrodilló, con ojos llorosos, para rezar por mi buena ventura. Ambos sabíamos que el reencuentro era incierto. Cuando se levantó, consternado, me preguntó: “¿Yusof, estás contento?” Con sensación ambigua –entre la liberación y el pesar– le contesté: “en parte sí..., he acabado mi trabajo y estoy contento con los resultados [...] pensé que sería una tarea imposible [...] por otra parte me siento muy triste por abandonaros”. Él me contestó: “deberías estar contento, has encontrado las respuestas a tus preguntas [...] pero no vas a regresar nunca más, ¿verdad?” (Langkawi, 22 de Julio de 2004).

El bueno de Wahid tenía razón: no regresé nunca ni tuve más noticias de aquella gente.

Me invade cierta tristeza, por qué negarlo, pero la realidad se impone. La falta de recursos hizo difícil volver a Malaysia; la distancia geográfica y académica imposibilitó crear o afianzar redes universitarias estables; y la ausencia de infraestructura –servicio postal, Internet, teléfono...– imposibilitaron mantener el contacto. Envié varias cartas manuscritas pero, como la botella lanzada al mar, nunca supe si llegaron a destino. Me queda esa sensación de no haber cerrado el ciclo; uno de esos temas pendientes que espero poder sellar en algún momento.

Apuesto que es posible ilustrar de modo más fidedigno la densidad y emotividad que entraña mi trabajo de campo en Malaysia, pero yo no he sabido hacerlo mejor. Recurrir a la ironía resulta un alivio ante ese denso clúster de experiencias. Algunos antropólogos/as consideran que la misma escritura etnográfica es terapéutica porque permite distanciarse de la emotividad del campo (Crick, 1988: 25).¹⁰ La frase usada y abusada de que *nuestro objeto* (de estudio) *es un sujeto* (en toda su complejidad) no es aquí una rima gratuita. En este tipo de trabajo de campo emergen todas las complejidades poliédricas de la naturaleza humana. A aquellas personas que dan sentido a todo esto les devuelvo, como el don de Mauss, un proverbio local: *Hutang emas boleh dibayar, hutang budi dibawa mati* (“uno puede devolver una deuda de oro, pero una deuda de gratitud se lleva a la tumba”).

9. Nombre del fundador mítico de la isla. Tras fallecer, cuenta la leyenda, se convirtió en un tigre de bengala para dar protección a los isleños. Su tumba, indicada con una piedra, yace en un prado de arroz.

10. “The need many anthropologists have to distance themselves from the intensive feelings about the field means that the simple expression ‘writing up’ distinguishes what can be an anxiety-provoking intellectual and emotional adjustment” (Crick 1989: 25).

Bibliografía

- AGAR, M. (1980) *The Professional Stranger. An Informal Introduction to Ethnography*. New York: Academy Press.
- BARLEY, N. (1983) *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*. Barcelona: Anagrama.
- BOHANNAN, P. (1996) *Para raros, nosotros*. Madrid: Akal.
- CARSTEN, J. (1997) *The Heat of the Hearth. The Process of Kinship in a Malay Fishing Community*. Oxford: Oxford University Press.
- CRICK, M. (1989) "Shifting Identities in the Research Process: An Essay in Personal Anthropology", en Perry, J. (ed.) *Doing Fieldwork: Eight Personal Accounts of Social Research*. Deakin University Press, pp. 24-40.
- DELYSER, D. y STARRS, P.F. (2001) "Doing Fieldwork", *The Geographical Review* 91 (1-2), pp. iv-viii.
- DENTAN, R. K. et al. (1997) *Malaysia and the Original People. A Case Study of the Impact of Development of Indigenous Peoples*. Cultural Survival Studies in Ethnicity and Change. Boston: Allen and Bacon.
- FIRTH, R. (1966 [1946]) *Malay Fishermen: Their Peasant Economy*. London: Kegan Paul, Trench, Trubner.
- GOMEZ, T.E. (1995) *Political Business. Corporate Involvement of Malaysian Political Parties*. Centre for South-East Asian Studies. James Cook University of North Queensland.
- HEIMER, M. y THØGERSEN, S. (2006) *Doing Fieldwork in China*. Honolulu: University of Hawai'i Press.
- JOHL, S.K. y RENGANATHAN, S. (2010) "Strategies for Gaining Access in Doing Fieldwork: Reflection of Two Researchers", *The Electronic Journal of Business Research Methods* 8 (1), pp.42-50.
- JOMO, K.S. (1986) *A Question of Class. Capital, the State, and Uneven Development in Malaysia*. Singapore: Oxford University Press.
- LARSEN, A.K. (1993) *Belief and Contradiction within the Malay World View. A Study of the Fishermen of Pulau Tuba, Langkawi, Malaysia*. Tesis doctoral presentada en la University of Trondheim.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1955) *Tristes trópicos*, Barcelona: Paidós.
- MICHAUD, J. (2010) "Research Note: Fieldwork, Supervision and Trust", *Asia Pacific Viewpoint*, 51 (2), pp. 220-225.
- O'BRIEN, K.J. (2006) "Discovery, Research (Redesign), and Theory Building", en Heimer, M. y Thøgersen, S., pp. 27-41.

- PERRY, J. (ed) (1989) *Doing Fieldwork: Eight Personal Accounts of Social Research*. Deakin University Press.
- RABINOW, P. (1977) *Reflections on Fieldwork in Morocco*. Berkeley: California University Press.
- RAYBECK, D. (1996) *Mad Dogs, Englishmen, and the Errant Anthropologist. Fieldwork in Malaysia*. Illinois: Waveland Press.
- RONZÓN, E. (1991) *Antropología y antropologías. Ideas para una historia crítica de la antropología española. El siglo XIX*, Oviedo: Pentalfa Ediciones.
- VALENZUELA GARCÍA, H. (2009) *Etnografía de un kampong malayo: Pesca, subdesarrollo y multiculturalismo / An Ethnography of the Impact of Politics and Globalization on the Malaysian Fishing Economy*. Edwin and Mellen Press.
- VALENZUELA GARCÍA, H. (2011) “Anak-angkat: adopción malaya como institución social flexible”, en Grau, J.; Rodríguez, D. y Valenzuela, H. (Eds.) (2011) *ParentescoS. Modelos culturales de reproducción*. Barcelona: PPU.